

Cuentos y crónicas familiares

EDUARDO CEBALLOS



INSTITUTO CULTURAL ANDINO

Ceballos, Eduardo

Cuentos y crónicas familiares. - 1a ed. - Salta : Milor, 2012.

112 p. : il. ; 21x14 cm.

ISBN 978-987-20904-9-4

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Cuentos y crónicas familiares

de Eduardo Ceballos

ISBN 978-987-20904-9-4

Diseño e Impresión:

Talleres Gráficos de Editorial MILOR

Mendoza 1221 - Tel./Fax: (0387) 4225489

E-mail: editorialmilorsalta@yahoo.com.ar

Salta - Rep. Argentina

Hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Impreso en Argentina / Printed in Argentina

DEDICATORIA

“Dedico las páginas de este libro a Julito Jovanovich y a toda su bella familia.

A los amigos Fabio Pérez Paz y Matías Qüerio, conductores de “Historias y Leyendas”.

A la esposa del doctor Miguel Ragone, sus hijos, nietos y bisnietos.

Al querido amigo Vicente Fili y su familia.

Al profesor Francisco “Paquito” Fernández y familia, por estar siempre.

A mi esposa, a mis hijos y nietos. A toda mi familia.

A todos los seres que recuerdo en estas páginas y con quienes crucé por los asombrados caminos de la vida”.



INSTITUTO CULTURAL ANDINO

Para contactarse con el autor:

www.ceballoseduardo.com

E-mail: eduardoceballos.salta@gmail.com

AGRADECIMIENTOS

“A todos los que me enseñaron, gracias.

Al gran cantor Luis Gualter Menú, fundador del conjunto

“Los de Salta”, por todo lo expresado en el prólogo.

A Julio Oscar León, quien ilustró este libro con su arte y me ayuda a recrear las nostalgias de la Salta del ayer”.

PRÓLOGO

*“Apenitas soy Arjona
nombre que no se’ hai’ perder
y si lo tiran al río
sobre la espuma hai’ volver”...*

Esta copla lo pinta de cuerpo entero a Don Eduardo Ceballos, hombre cabal, dispuesto a dar todo lo suyo, y del corazón su mejor estrella.

Escritor, poeta, periodista, autor, hombre de micrófonos, animador de radio, televisión, festivales y eventos culturales, publicó seis libros en tan solo un año ubicándose entre los grandes precursores de la Provincia. Ernesto Aráoz con su libro “El diablito del Cabil-do”; Juan Carlos Dávalos con “Su alma y su paisaje”, donde se destaca su cuento “El viento blanco”; así como sus hijos Arturo y Jaime Dávalos; César Perdiguero; Manuel J. Castilla; Joaquín Castellanos con “El temulento”; y Antonio Nella Castro, con “El ratón”, entre otros.

En la tierra de altas colinas que ofrece la Cordillera de los Andes nace Don Eduardo Ceballos, catequista por origen y convicción. Recuerdo su figura de estudiante eclesiástico imponiéndose sobre los demás. Ellos pasaban entre aplausos y nosotros, los normalistas, tocábamos la guitarra en los jardines de la Escuela Normal rodeados de bellas niñas.

Pasaron los años y lo volví a encontrar animando grandes festivales y en los grandes bares del centro de la ciudad de Salta. Nuestro abrazo era cálido, la sonrisa brillante y nos gustaba hablar sobre

Eduardo Ceballos

Huidobro, García Márquez, César Vallejos y Pablo Neruda. Hoy, como árboles añejos, recordamos aquel pasado imaginando un futuro.

Con el libro “Cuentos y Crónicas familiares” que hoy nos presenta Don Eduardo Ceballos todo está dicho. Siglo de oro para la poesía y el cancionero, Eduardo, lo afirmo y lo testifico, eres un grande entre los grandes y amigo para tus amigos y siempre dispuesto para abrir los brazos a los viajeros que pasan admirando nuestra tierra como si fuera una imagen sagrada entre las montañas del valle de las bagualas.

Los dejo entre las páginas del libro que con admiración presento,
“Apenitas soy Arjona, nombre que no se’hai’perder”...

Luis Gualter Menú

QJ ENTOS

ENCUENTRO DIABÓLICO

Caminaba por una calle céntrica de Salta, un periodista buscando noticias.

De pronto, un personaje muy extravagante le llamó la atención.

El periodista se paró, lo miró detenidamente, a ese ser especial que venía de frente. Lo cruzó y cuando lo tenía a sus espaldas, se da vuelta para observarlo mejor.

Cambió su rumbo. Caminó atrás del personaje, algunas cuadras. No saludaba a nadie. Miraba sin disimulo y pareciera que todo le llamaba la atención.

Vestía un impecable traje rojo, camisa roja y corbata negra, haciendo juego, con una pequeña plumita roja en el lateral derecho de su negro sombrero.

La extraña figura adelante, el periodista media cuadra atrás, sorprendido por lo que veía.

Pareciera que venía de la terminal o del Parque San Martín.

Caminaba sobre la avenida que recuerda al Libertador, fallecido en Boulogne Sur Mer, Francia.

De pronto, cuando llegó a la calle Alberdi, se paró como mirando hacia el centro, en medio de la Peatonal.

La gente, que pasaba, lo observaba con curiosidad, y él miraba a los que transitaban a su lado.

Avanzó media cuadra y se plantó frente a la vidriera de Sastre-ría Zelaya.

¿Será que le llamó la atención alguna pilcha en especial? El periodista, aprovechó la ocasión, se le acercó y le dijo:



- Caballero, ¿me dispensa un minuto?
- Usted dirá.
- Soy periodista de un Semanario de Salta y deseaba hacerle un reportaje.

- A qué se debe? Yo no soy de estas tierras.

- Mejor. Los salteños nos especializamos en mostrar a la gente que nos visita. Nos gusta, hacerlos quedar bien, para que cuando se vayan, nos recuerden, con cariño y digan: “Qué buenos son los salteños”.

- Muy bien, usted dirá...

- Mejor busquemos un lugar donde sentarnos, para poder dialogar más tranquilos. Vamos, lo invito a tomar un vinito y unas exquisitas empanadas salteñas y mientras compartimos los sabores, le hago el reportaje.

Ambos caminaban por la peatonal Alberdi. Cruzando la calle Urquiza, del altoparlante de un negocio se escuchaba el fuelle del Carra I’Mula.

El personaje sonríe y dijo que eso le gusta. Cuando pasan la calle Alvarado, la gente miraba con gran sorpresa, a este señor vestido tan llamativamente.

Llegaron a la Plazoleta 4 Siglos, donde había vendedores de peines, manteles, perros finos y de los otros.

Se promocionaban espectáculos, un vendedor de rifas y a pocos metros un hombre mayor hablaba de Dios y los Evangelios, vaya a saber en representación de que credo o de que culto.

El periodista y su entrevistado ingresaron por la recova del Cabil-do. El periodista saludaba a los conocidos.

Llegaron al lugar prometido, donde los esperaba un vino y las empanadas.

Se sentaron.

El mozo, como nunca, los atendió rápidamente. Pidieron una docena y una jarra de blanco. El periodista observó atentamente a su entrevistado y lo descubrió casi alemán. Tenía aspecto de europeo.

Hablaba bien el castellano. Era como uno de esos “gringos” que

se afincan en estas tierras y se acomodan a las costumbres nuestras con facilidad y con el tiempo, hasta coquean y cantan coplas, como un coya más.

Lo miraba a fondo nuevamente y le dijo que empezaría el reportaje, mientras comían las empanadas.

Como lo agarró con la boca llena, el entrevistado asentía con la cabeza. Preparó su grabador y comenzó el trabajo.

- Por favor: su nombre?

- Lucifer.

- Lucifer, dijo? ¿Nombre o Apellido?

- Como usted quiera. Otros me llaman Diablo, Mandinga, Zupay.

- Entonces, el del infierno?

- Efectivamente, el mismo

Al periodista entró en pánico. Dejó la empanada que estaba saboreando. Se le fue el apetito y las ganas de reportear. El diablo se dio cuenta, le guiñó un ojo y dijo:

- No tenga miedo. Siga tranquilo. No pasa nada. Me gusta tener amigos. Todos me tienen miedo y no consigo que la gente me tenga confianza. Siga amigo con su trabajo.

El periodista estaba tembloroso. No sabía como seguir ese reportaje. El diablo le sonría y le da la fuerza necesaria.

- Se puede saber que anda haciendo por Salta?

- En primer lugar le cuento que viajo por todo el mundo. Vine por varios motivos: conocer la famosa Ferinoá, que en cada edición tiene más gente y muchos de ellos son amigos míos. Para saborear el buen vino salteño, que en esta tierra es más rico; escuchar la música en alguna salamanca; dialogar con los poetas, que cuentan como anduvieron los carnavales que me benefician tanto. Pero fundamentalmente vine a ver a algunos políticos que me piden los ayude en su campaña. Como yo entiendo de eso bastante, voy a apoyar al hombre que mejor condición tenga. Porque en eso de la política soy muy exigente. Si no hay plena coincidencia me borro.

- Tiene muchos conocimientos de Salta?

- Demasiado y mucho más de lo que usted piensa. Porque recibo permanentemente visitas, en mi estancia, de salteños, especialmente los de la clase alta. A mí me gusta arreglar con los caciques, porque soy así. Al pobrerío prácticamente lo desprecio. Con la clase dirigente me aseguro la administración de muchos temas. Negocios son negocios. Con los pobres no puedo hacerlo. A lo sumo cuando me macho en alguna fiesta, suelo darles un susto, pero nada más.

- Cómo es el infierno o su estancia, como usted lo llama?

- Un lugar con mucho movimiento y con gente que vive apurada. La pasamos bastante bien, no es tan grave como lo pinta la competencia. Permanentemente recibimos el aporte de grandes capitales. Son mis socios protectores y pagan todas las boletas que en su diario vivir esquivan con verdadera maestría. Nobleza obliga, a ellos les brindo las mayores comodidades. Me puse a invertir en equipos de refrigeración y de aire acondicionado, para atenuar el calor que impera en mi estancia. Eso se hizo con el aporte de terratenientes, dirigentes políticos, industriales, que son, reitero, mis socios protectores.

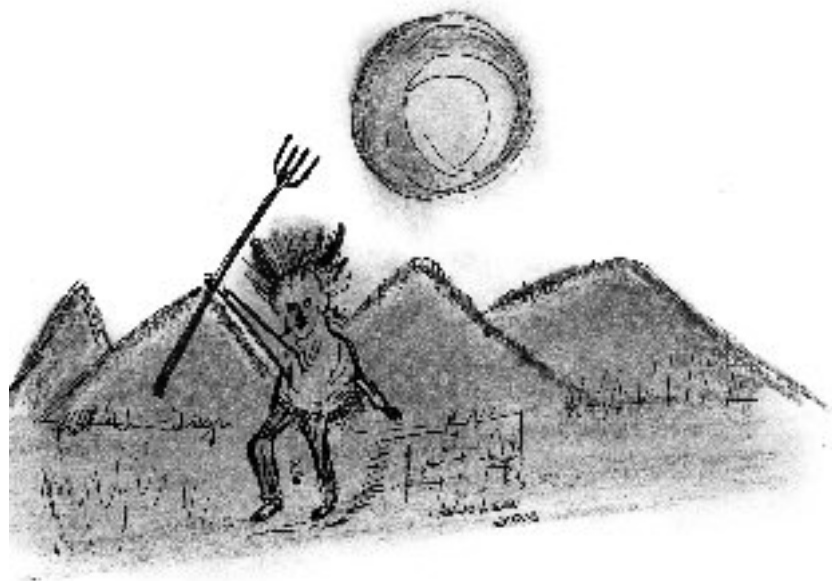
- Qué opina de las iglesias de Salta?

- Esta pregunta no la puedo responder. Hicimos un pacto de no agresión mutua.

- Pasando a otro tema, qué es lo que más le gusta de esta provincia?

- Muchas cosas. Por ejemplo que sepan divertirse y que esté vivo el viernes de soltero, si hasta creo que estoy aprendiendo de los salteños. Me gusta ver como los chicos se prenden con el rock y se enchufan tanto con su ritmo. Yo no cobro derecho de autor, pero participo igual en el negocio.

Me gusta que Salta consuma la moda del mundo y que los chicos se confundan con las chicas y que hayan abandonado los libros, que es una estúpida forma de perder el tiempo. Que la televisión deja buenas enseñanzas. Estoy muy contento de ver que en Salta y en casi todo el mundo, mi trabajo no es en vano. No quiero ser vanidoso, pero cada día son más mis seguidores.



- Qué tal el vinito, le gusta?

- Es una maravilla. A los vinos de Salta, los tengo en la más alta estima, porque divierten a la gente y producen el milagro de las fiestas. El vino es la sal de la alegría, te viste con la ropa de la libertad.

- De la música de Salta, qué nos puede decir?

- Que es diabólica, quiero decir que la siento mía. Cuando la escucho me crece la añoranza de mi pago. Pero la verdad es que me gusta más la chacarera de Santiago del Estero y el chamamé del litoral, porque enloquece a la gente con su ritmo bravío. Sobre gustos hay mucho escrito y nadie se ha puesto de acuerdo. La de Salta es linda, la de Santiago del Estero mejor. Pero como música comercial que defiende mis intereses, yo me quedo con el rock, que es internacional.

- Conoce algún poeta de Salta?

- No muchos porque se conoce que editan pocos ejemplares de sus libros y pareciera que no influyen en la gente, pero algunas noticias me llegan.

Recuerdo que una vez, cuando le hacía a una persona la ficha de ingreso, le pregunté por su profesión y me dijo poeta. Estaba desconsolado por su destino, ya que siempre nombraba a Dios en sus trabajos y no entendía porque no lo recibió en su reino. Estaba tan desilusionado que para levantarle el ánimo lo nombré Director de Prensa de mi estancia.

Otro me decía: yo me he vuelto loco, pensando con quien quedaría mi sombra y todo el día caminaba gritando: con quien estará, con quien estará!

Si supiese las cosas que guardo en mi memoria.

Uno llegó y me acusaba a mí. El desfachatado estaba convencido que yo manejaba la Sociedad de Escritores. Yo le decía, que a pesar de mi fama, no me daba el cuero para tanta maldad.

Otro ha llegado incrédulo a pesar del diluvio, no creía más en el amor, ni en los amigos, y me contaba que le habían robado todo, hasta la alegría de vivir. Llegó con su baguala solamente hecho un ratón. Un loco lindo me discutía que Salta era una guitarra. Cosas

de poetas. Estas son algunas de las pocas cosas que puedo recordar acerca de la poesía de Salta.

- Dos palabras acerca del carnaval?

- Un tema que me apasiona, fiesta que siento como mía. Mucha gente vive conmigo gracias al carnaval y por supuesto quiero estudiarlo más profundamente, para ver si puedo realizar algún otro aporte espectacular, como lo hice en Brasil, donde vale todo, para alegrar la vida de los hombres. Hay que imitarlo, puede ser un gran despegue para Salta.

- Hasta cuándo se queda en Salta?

- Vine para volver acompañado con un socio protector que ya cumplió su contrato y esta noche debe cancelar su cuenta. Se despidieron y cada uno por su camino.

Al otro día el periodista lee en el diario: Ha muerto quien supo trabajar por la provincia y por la patria. Falleció de un paro cardíaco, justo a la medianoche. Se destacó en la política, como empresario, y cientos de proyectos sociales que tuvieron su sello. Que Dios lo tenga en su gloria.

EL PAIS DE LOS POETAS

Un escandaloso golpe de luz, fue el inicio del día. Para Prudencio, la jornada había comenzado dos horas antes.

Pisaba el paisaje, rumbo al surco, su destino diario de trabajo. El verde profundo de los árboles, el alegre trinar de los pájaros, el murmullo infinito de los arroyos, le otorgaban una paz silenciosa y plena.

Era como un reloj que caminaba, inventándose el tiempo de la siembra. Prudencio asumía de este modo todos los días frente a la vida.

Resulta que un sobrino poderoso, dueño de algunos negocios importantes en la ciudad, había arrendado estas dos hectáreas, en las que Prudencio día a día trabajaba. El negocio era a medias, entre el sobrino y el tío. Se pagaban todos los gastos y el resto se dividía entre ambos.

Prudencio tenía aspecto europeo. Su piel era prácticamente roja y los ojos azules como el cielo.

Respondía a la unidad étnica de los abuelos italianos, pero dentro suyo trajinaba un coya autóctono, herido de soles y jornales.

El camino que recorría diariamente hasta el trabajo era largo. Venía de uno de los barrios de la ciudad de Salta, hasta la legendaria Atocha, lugar donde estaba el campo. Siempre con su bolsita en la mano se comía la distancia.

Mientras caminaba, soñaba con sus arvejas, sus cebollas y las zanahorias que allí había sembrado.

Tenía deudas y necesidades, como todo hombre de trabajo. En-

tonces se metía en los números y buscaba la forma de cumplir sus compromisos. Rogaba para que no le faltara el agua y para que el mercado recibiera con buenos precios el esfuerzo de su trabajo.

Era la única forma posible de poder pagar sus deudas. En ese silencioso diálogo consigo mismo hacia todos los días este camino.

Saludaba a los árboles, sus amigos, y mirando los rastros, sabía si ya había pasado algún vecino. Era mucha la gente que trabajaba en las mismas condiciones, que lo hacía Prudencio.

Por fin el pueblo, pasaba por la calle principal y tan principal, que casi era la única. En los caseríos se veía gente que se preparaba para el trabajo.

Prudencio avanzaba y levantaba un brazo saludando a sus paisanos. Pasaba la Iglesia, el cementerio de pájaros (obra del poeta José Solís Pizarro) y ya estaba a pasos del campo arrendado.

La mañana jugaba con la brisa una ronda de soles y el agua de una sencilla acequia se repartía en una fina música que alegraba el sembrado.

Los vecinos de la hectárea lindante, hacían un trasplante de tabaco, cuando Prudencio asomó con su sombra por su lugar de trabajo.

La tarea del día, consistía en sacar la mayor cantidad de maleza posible. Estas tienen la particularidad de ahogar el natural crecimiento de sus plantas. Además, tendría que desparramarles a su sembrado, un poco de agua que una modesta acequia le ofrecía.

Esta corría dividiendo el campo en dos mitades de una hectárea cada una. Con su pala fue ordenando el riego y el agua mansa caminaba por el camino que Prudencio le marcaba.

Ya estaba con su ropa de trabajo, con esa piel curtida de sol y viento. El sol cada vez más alto, como queriendo curiosear todo lo que sucedía en ese día.

La sombra de los árboles, ya decían que se había puesto el mediodía, cuando un vehículo que traía una impresionante polvareda, detiene su marcha frente al campo y de él bajan cuatro hombres, que se dirigen decididamente hacia donde estaba Prudencio, con toda la columna inclinada hacia la tierra.

Se acercan y lo saludan. Uno de ellos explica que es martillero y que tenía un campo lindero para la venta, y como el señor tiene interés, queríamos hacerle una pregunta para saber si le convenía la operación.

Y llegaron las preguntas, acerca de si había agua, sobre la fertilidad del suelo, o si era buena tierra para el tabaco y muchos otros emprendimientos más.

Luego los hombres se pusieron a hablar de política, de las futuras elecciones, de las posibilidades crediticias, de los contactos y las relaciones que cada uno tenía. El martillero, le ofrecía al posible comprador la influencia de un pariente que estaba bien candidato, para lograr importantes beneficios con el futuro gobierno popular.

La operación ya parecía un hecho y los hombres se despidieron de Prudencio y se fueron elaborando los planes de su futura finca.

Prudencio se quedó sólo con su pala y su silencio; en su mente galopaban las ideas del progreso.

Él andaba pensando, como sería su patria con un buen gobierno. Trabajó con bronca y fiereza, como queriendo matar al monstruo que dominaba su pobreza.

Una hora después fue hasta su bolsita y sacó un pan chanchito con un pedazo de mortadela, puesto que había llegado la hora del almuerzo.

Se sentó bajo un tala abuelo y fue creciendo en su pensamiento la idea de un mundo nuevo.

Se imaginaba recogiendo a dos manos los frutos de su esfuerzo. Alguien le tenía que devolver todo lo que él producía en alimento.

Pasó su almuerzo, entre sueños y deseos. Se puso vertical y se dirigió hasta la acequia para asentar lo comido.

Como cuando era conscripto se tiró cuerpo a tierra y se bebió la acequia, de un solo trago como si fuese un vaso cristalino.

Había matado su perruno hambre y había calmado su sed y ahora, como en los grandes días de fiesta, tenía su postre preferido. Un poco de coca, que hoja por hoja sacó de su bolsa.



Ya estaba de nuevo en el surco dialogando con la semilla y viendo crecer el fruto, que era su comida.

El agua seguía regando lentamente el campo y Prudencio se puso a desyuyar el sector de las zanahorias.

Había echado en el campo unos productos especiales que se fabrican para sacar los yuyos, pero la sabiduría ancestral de la tierra podía más.

Invirtió toda la tarde en sacar maleza, para purificar su sembrado. El sol usaba una blanca nube, como pañuelo para despedirse del día.

Los árboles estiraban su sombra, acortando la jornada. Prudencio lavó sus herramientas y las guardó en su secreto lugar de siempre y emprendió el camino del regreso.

Ese largo trajín de la distancia, lo fue devolviendo despacio hacia su casa.

Los colores del paisaje se iban apagando lentamente. Cuando entró a la ciudad la noche le había ganado la retaguardia.

Las luces de las calles ya estaban encendidas. Algunos niños jugaban su ronda provinciana en las veredas y Prudencio con su sombra y su bolsa, hacía los caminos del regreso.

Ya cerca de su casa, en un viejo boliche, unas guitarras y unas voces se unían para decir una zamba.

Prudencio se sintió tocado y bendecía a los poetas que se acordaban de los campos y del que sufre sus tristezas. Y se le encendió el canto y llegó bagualeando unas coplas de sus vivencias.

Su humilde casa lo esperaba, ese íntimo generador de ternura. Besó a su mujer y saludó a sus dos cachorros.

Se contaron mutuamente las vivencias del día. Los chicos le informaron que habían sacado una buena nota en la escuela.

La mujer comprendiendo el cansancio de su esposo organizó la cena. Al otro día, todos debían madrugar.

Los chicos para ir a la escuela, la mujer para lavar la ropa de toda su clientela y Prudencio para volver a su siembra...

Además, debía esperar al diarero, único día que lo compraba porque ese día venía con el libro de lectura para sus hijos.

Era una sección especial para los escolares, único elemento de consulta que Prudencio le podía comprar a sus hijitos.

Luego la mesa puesta, a compartir con los suyos una sencilla sopa. Los huesos, maltratados por la fatiga cotidiana, apetecían la cama.

El descanso era como un paraíso que se ofrecía en forma adelantada. Los chicos se fueron a dormir.

El dormitorio de Prudencio daba a la puerta principal, como todas las casas pobres, que en una pieza lo tenía todo.

Desde su ventana miró hacia el exterior, viendo que la luna se mostraba victoriosa y parecía la reina de las tinieblas.

Y el sueño lo encontró con su tangible humanidad desparramada en las sábanas y galopando por su sangre, le presentó fantásticos paisajes.

Era un globo terráqueo como el nuestro. Estaba poblado por países, paisitos, estados, colonias, repúblicas independientes y de las otras.

En un rincón sin petróleo y en un punto donde se daba la mano la selva y la barbarie, había un país hasta ahora inédito.

Era el país de los poetas! Verde como la esperanza y breve como el beso maternal. Reunidos sus habitantes – todos poetas – resolvieron darle por nombre, para que sea significativo y universal, LIB, que traducido a cualquier idioma signifique libertad.

La prensa aún no sabe explicarse quien intervino para la concepción de esas tierras, pero se tiene sospecha que vino Dios en persona, pero disfrazado magistralmente, para que no lo descubra ningún credo, a interceder ante los poderosos de este arisco e interesado globo!

Lo concreto: el país de los poetas ya está en marcha, cultivando en sus campos la semilla del amor.

Se los ve preocupados por organizar urgentemente su sólido estado de gente intelectual. La cosa es muy seria ya que a este estado le corresponde la importantísima misión de ser la usina del mundo; de ser la gran facultad donde los hombres puedan algún día recibirse

de humanos, para ser útiles a otros seres.

Su presidente, hombre octogenario, de larga barba blanca, fue elegido por pedidos y ruegos de su pueblo.

Esta usina debe provocar la luz para todos los hombres; la luz total y verdadera para conocer el exacto camino de la vida.

Por eso fue elegido Juan Patriarca presidente del destino del país de los poetas. Juan había hecho la escuela primaria en un pueblo anónimo de su país sin nombre y luego pasó directamente a la universidad del dolor, para recibirse de auténtico poeta.

Este era un país altamente democrático, donde la única autoridad era la moral y las leyes naturales, que rigen en el universo.

Cada casa era un estado, cada barrio era un estado, donde surgía la autoridad natural, que se afianzaba en la sabiduría.

No existía la moneda, había un gran mercado de concentración donde se juntaba todo lo producido, y en donde estaba la cuota que a cada habitante le correspondía. No había ni oferta ni demanda.

Sólo se luchaba por ser más humano y más justo. La educación es un proceso natural, a nadie se obliga a estudiar, sólo se le enseña en forma muy efectiva lo que es importante saber y surge una clara respuesta de querer crecer para ser más útiles a cada uno y a toda la sociedad.

En cuanto a las ocupaciones, cada uno hace lo que siente y la gente se pasea por todos los oficios como quien mata la rutina.

Lo importante es que cada uno sabe que todo lo que haga es para bien de todos. Allá no hay créditos bancarios porque no existen, como tampoco la recomendación, puesto que todos son dueños de todo.

El estado con Juan Patriarca a la cabeza, abre cada semestre un libro de ocupaciones, donde cada uno elige la suya.

Se trabaja poco, porque se entiende que el trabajo en demasía, degrada al hombre. Además, no hay un aparato burocrático que demande el permanente esfuerzo de todos. En realidad la población sola, va colaborando hacia el ordenamiento social.

Por ejemplo, un agricultor lleva sus verduras al mercado, para que se repartan todos y allí mismo él se sirve de lo que le hace falta.

Hay un ministro de relaciones exteriores, que es el encargado de mantener los contactos con los otros estados.

A través de ese ministro se da posibilidades para que ingresen ciudadanos de otros países y como único requisito se pide que viva una vida franca consigo mismo y que tenga como ambición principal parecerse cada vez más a un hombre.

No hay ni policía, ni ejército, para evitar los golpes de estado y los estados de sitio y además porque es un país realmente democrático, donde el que gobierna es el pueblo, con Juan Patriarca abuelo que día a día les va enseñando los verdaderos caminos de la vida. Donde el gobierno son todos, no hace falta ni comisarías ni cuarteles, puesto que la ley vive con ellos.

La medicina en este estado ha evolucionado favorablemente y se ha vuelto al cauce natural. Admirablemente, manejan los conocimientos biológicos y saben buscar sus medicinas en la tierra, que les ofrece a raudales, todas sus bondades.

El arte crece al por mayor, como resultado de una vida bien vivida y se expresa a través de cada uno de sus habitantes.

No hay fábricas de relojes, por considerarlo innecesario, allí se utiliza el reloj natural del sol.

Dios aquí no fue escriturado y nadie puede sentirse dueño de la verdad; cada uno lo ve y lo descubre a su manera, sin ningún tipo de condicionamiento, y dialoga con él del modo que más lo desee. Tampoco existen jerarquías eclesiásticas. Entró muy poco adelanto tecnológico a este país. Las razones: porque es muy pobre y también porque es la mejor forma, de pasar a ser un paisito dependiente.

Lo poco que se compra en el extranjero, sucede cuando hay una superproducción y se vende al extranjero. Entonces, se traen algunos adelantos.

Como la vida es humana y natural, se prescinde de todo lo mecánico. Las cosas tienen el valor justo y un niño vale más que una flota de importantes camiones.

Los abuelos, son las autoridades naturales, que colaboran con el gobierno de Juan Patriarca.

Hay: pan para todos, derechos plenos, libre ejercicio de la libertad, amor, comprensión, bondad, humanidad a raudal.

No hay: comisarías, cuarteles, iglesias, injusticias, negocios, moneda, bancos, golpes de estado, estados de sitio, etc.

La ciudad a oscuras, y un canillita desempeñando su diaria tarea en las tinieblas, repartiendo noticias oficiales. Se acerca hasta una puerta y tira un ejemplar por debajo de la misma.

Con el diario entró un pedazo de viento a la pieza, ocasionando un áspero ruido que lo sacó a Prudencio del sueño.

Tomó el diario y vio que la realidad lo invadió. El título principal de la tapa, rezaba: El Poder Ejecutivo resolvió que proseguirá el Estado de Sitio.

EL CARNAVAL Y LA VIUDA NEGRA

El carnaval de Salta, exigía la jornada completa, los días que figuraban de rojo en el almanaque.

Luego de las distintas actividades laborales de la mañana, la población compartía el almuerzo familiar.

Al finalizar esa comida, la gente se entregaba a la fiesta, comenzaba con picardía en la sobremesa tirando un poco de soda con el sifón, que estaba en la mesa, para luego seguir con un vasito de agua.

El espíritu estaba preparado, para entregarse al juego de agua, donde participaban todos los vecinos, grandes y chicos, con un entusiasmo, que prácticamente se ha extinguido.

Las bombuchas, los baldes o las ollas, servían como recipiente para transportar el agua que empapara a la prenda elegida.

También se usaban pinturas o barro, para marcar al contrincante del juego. Los hombres mojaban o pintaban a las mujeres; los chicos acompañaban a los grandes, pero jugando entre ellos.

Por las calles de la ciudad, camiones o camionetas, cargados de jóvenes en sus cajas, con grandes tanques de agua, mojando en su trayectoria a diestra y siniestra y la gente desde las veredas, respondían a ese juego.

Pueblo feliz, sencillo, espontáneo, poco requería de los servicios de psicólogos o psiquiatras, a consecuencia de esta actividad, que se constituía en un modo de liberarse de muchos traumas.

Otros, que eran muchos miles, salían de la ciudad, por el Puen-te I' Fierro, hacia los pueblos del Valle de Lerma, para instalarse en esos típicos bailes criollos, como el de Lalo Musa, que estaba un po-

EL SUEÑO DE LOS NIÑOS JARDINEROS

Mientras Susana descansaba en una fría noche de invierno, la helada se instalaba en el paisaje, para mostrarlo blanco y gélido a la mañana. Como todos los días, empujada por la necesidad de ejercer actividad, se levantó de su tibio lecho, se aseó y cuando desayunaba juntos a los suyos, empezó a narrar lo que le había acontecido.

Tuve un sueño, decía Susana, que se instalaba en un pueblito muy pobre, de pocas casas, donde la miseria era percibida a simple vista. Desde la ciudad había llegado una señorita muy jovencita para estrenar su título de maestra.

Traía la información académica y la ternura que arrastraba de su casa. Con toda su inocencia le puso música al pueblo, con su melodiosa guitarra, ofrecía los acordes y los versos del cancionero de siempre.

Gracias a su arte, se fue ganando el cariño de grandes y chicos. Cumplía fielmente su jornada de trabajo, al que lo extendía generosamente, porque vivía a disposición de la gente.

Tenía tanta riqueza en su alma, que le fue pintando cuadros de optimismo en el sentimiento de los niños.

Con ellos cantaba, jugaba y proyectaban el futuro. Su enseñanza vinculó a esos menores con la vida.

A través de sus diarias lecciones, los niños fueron descubriendo la magia del mundo circundante.

Les contaba que el futuro está dentro de uno mismo, que es como una semilla, y hay que regarla en forma permanente.

Su sonrisa y sus palabras eran altamente motivadoras. La usina



de su pensamiento, daba luz a sus entendimientos.

Un día les explicó que tenía la fórmula de la riqueza. La llave consistía en mover esa semilla interior, para germinar alegrías en todo el tramo de la existencia. Lograba su cometido.

La alegría ocupaba cada día más espacio en el pueblo. Un contagio natural se repartía entre la gente.

De tanto hablar de la semilla en la clase de agricultura y jardinería que la maestra daba en la escuela, la población de esa pequeña aldea, fue cambiando armónicamente de la mano de esos niños, que como eslabones de una gran cadena, fueron transfiriendo una nueva fisonomía a su pueblo.

Los jardines prosperaban y con ello los perfumes, los colores y las gracias.

De tanta semilla, se convirtió en un pueblo verde en corto tiempo, gracias al trabajo de los niños jardineros, que sacaban de la escuela esa lección de vida para volcarla en su pequeña patria, donde viven sus mayores y los afectos.

El mundo vegetal, en el tiempo le fue dando otro aspecto a esa sencilla población, que ahora recibía el gozoso canto de los pájaros.

Desde los árboles bajaban aromas y sabores, que la naturaleza ofrece a raudales. La felicidad se instalaba en sus calles.

No sólo se consumía lo que se producía, ya empezaban a venderse a otros pueblos, los frutos obtenidos.

Las casas se pintaban y los niños jardineros eran un canto a la vida.

Pasaron los años y esa joven señorita, que seguía en el pueblo era ya una abuela venerada por toda la gente.

Con su presencia, había podido darle un impulso vital a la región. Desde su humilde intimidad construyó un himno de felicidad.

Pasaron las generaciones y la semilla sigue viva en los proyectos de ese pueblo, que descubrió su alegría gracias a una maestra y a un grupo de niños jardineros.

TRAVESURAS PUEBLERINAS

Gringo trabajaba en el Ministerio de Bienestar Social, en la avenida Belgrano 1349, junto al doctor Dantón Cermesoni, que vivía en Estación Zuviría, en el pueblo de El Carril.

Se organizaba por esos tiempos el Plan de Salud. El reconocido doctor, descubrió en Gringo condiciones, para que actúe como su secretario y lo puso en funciones, junto a un destacado plantel humano, que apuntaban a lograr el 100% de cobertura con asistencia a la salud de toda la población.

Para ello, se convocaron a experimentados enfermeros de todos los pueblos y se nombraron agentes sanitarios, para que cumpliesen, con ese plan, que disponía visitar todos los hogares salteños, del campo y la ciudad.

Por ese motivo, se designó un plantel de formadores, que tenían la misión de preparar en distintas disciplinas al personal afectado.

Desde la provincia de Jujuy, se trajo al doctor Cazón, quien tenía una dilatada carrera en el tema y al señor José Carretero, quien era un especialista, en relevamiento topográfico, para que les enseñe a los agentes sanitarios a dibujar planos, que reflejen lo más fiel posible, la realidad habitacional de cada zona.

Se salía con los alumnos a distintas zonas rurales, a aplicar lo aprendido.

Se dibujaban casa por casa en el papel y se incluían los rasgos más notorios del lugar.

Entre esos alumnos, que representaban a su pueblo, estaban Pico Aguirre, de El Carril; Vilte de Campo Quijano; Elsa Moya de Co-

ronel Moldes; Irma Noemí Chamale y la señora Gómez de Rosario de Lerma; Leopoldo Barboza, el Pastor de Nubes, de Santa Rosa de Tastil; por nombrar algunos de los que vienen con los recuerdos. Gringo, actuaba como coordinador de todo el valle de Lerma.

Por razones de estrategia laboral, y para mayor funcionalidad, requerían su presencia en algún pueblo del valle. Se hicieron las gestiones y le marcaron su destino.

Gringo se radicó en El Carril, con residencia en el hospital, donde disponía de un pequeño departamento.

Obedecía a una mejor organización del trabajo en los valles, del Plan de Salud. Se incrementaban las relaciones y contactos con la comunidad.

Durante el día, arduo trabajo. A la nohcecita, salía a caminar por ese pueblo tranquilo, con gente cordial y amigable.

Colaboraba con algún festival, en las fiestas patronales. Actuaba como maestro de ceremonia.

Los primos que vivían en la ciudad, lo visitaban, especialmente, los fines de semana.

Un viernes a la noche, llegó su primo Ernesto con Juan, Pancho, Pirulo y Hugo.

La consigna, pasarla bien, comiendo una pizza, jugando un partido al sapo, una guitarreada o prenderse en algún asado.

Lo importante, estar juntos. Se movilizaban en una Estanciera, que tanto se veían por las rutas de la patria.

Ya con Gringo incorporado al grupo se dirigieron a Chicoana. Ernesto, el diligente conductor, con increíble rapidez, los llevó a destino y a los pocos minutos estacionaron frente a la plaza del pueblo.

Gringo, dejó al grupo en ese paseo público y se cruzó al negocio de don Asmed Yened, que tenía un clásico almacén de campaña y una heladería.

Don Asmed era el padre de dos compañeros del seminario, Marcos y Miguel. Esa familia apreciaba a Gringo, como si fuese de la casa y de la sangre. Entró Gringo y todos se alegraron. Para no romper la tradición le ofrecieron un helado.

Era la esquina de la generosidad. Los changos no estaban, sólo las hijas Susana y Estela.

Don Asmed atendía el negocio y las chicas le preguntaban a Gringo, con quien andaba y que iba a hacer.

Explicó que estaba con unos primos y unos amigos, paseando por el pueblo.

Estela sugirió que le informaran a su padre, que andaba con varios artistas, que se los quería presentar, así papá, decía ella, los invitaba a casa y organizaba algo.

Don Yened, amaba la poesía y la música.

Estela y Gringo le contaron al jefe de la casa, que llegaron unos artistas y se lo querían presentar.

En el acto, pidió que lo lleven y dio la orden de comprar asado, para reunirse con ellos.

Con la fiesta organizada, Gringo volvió hasta los changos. Le contó a los compañeros de ruta, que ya estaba en camino un asado y les explicó que los iba a presentar a cada uno como artista.

Al dueño de casa le gusta el arte y con la hija del dueño de casa se armó esta estrategia.

Los changos quedaron de acuerdo. Juan, concertista de guitarra; Pirulo, violinista, de la Orquesta Sinfónica de Tucumán; Pancho, percusionista del conjunto folklórico Los sin Nombre; Hugo, tenor lírico; Ernesto, crítico de arte.

Cada uno con su rol, porque así serían presentados, por idea de su amiga Estela Yened. Los muchachos aceptaron el desafío y se prepararon para el momento.

Cada integrante buscaba argumentos convincentes de su actividad artística endilgada. El premio era muy interesante, una reunión entre amigos.

Se quedaron en la plaza, frente a la iglesia, observando el movimiento de un pueblo, que produce riquezas, por sus tareas agrícolas.

La gente salía de los negocios con las bolsas llenas para el fin de semana.

Ambiente de familiaridad, afecto, hermandad. Todos se conocían. Gringo tenía varias familias amigas, en ese rincón de la provincia. Los Ayón, los Aguirre, la familia de Aníbal Gonza.

Estela trajo la noticia, que había que cruzar. Don Asmed, los recibió con mucho afecto y luego de las presentaciones del caso, les indicó el camino para ingresar a la casa.

Estela hizo conocer a los muchachos a su mamá, a su hermana Susana y a los hermanos recién llegados Miguel y Sergio.

Miguel, a cargo de la parrilla; Sergio, ayudante. El asado se mostraba generoso y su fragancia lo hacía apetecible. Se buscaba la concordancia, que se sirviese a la hora que don Asmed, cerraba el negocio.

Miguelito dialogaba animadamente con los nuevos amigos. Las chicas servían algo fresco y disponían las mesas en las amplias galerías de la antigua casa.

El patrón cerró el negocio y en minutos se sentó junto a los artistas que le habían presentado.

La orden de comenzar a servir. Comían la sabrosa carne y las ensaladas que tenían el gusto de la verdura recién cortada.

Brillante armonía. Don Asmed contaba de su lejano oriente y de su Corán. Luego de la cena, fruta de estación como postre y helado.

Le preguntó a Hugo a qué se dedicaba y éste respondió que era tenor lírico.

Surgieron temas referidos al arte y don Asmed, los alentaba a que continuaran por ese camino, porque el arte eleva a las personas. Hablaban animadamente sobre la música, la conformación de una orquesta sinfónica.

Don Asmed se maravillaba, lo miraba a Pirulo y lo imaginaba en el escenario con su violín. Lo de Pancho era más parecido a lo que veía en el pueblo. Pero cuando tocaron el tema de la guitarra, Juan, el concertista, se ponía nervioso, sin motivo justificado.

Se metían en el instrumento, en la hechura, en su madera, en los sonidos que cada uno produce. El diálogo subía de tono y se emocionaban.

En un momento dado, don Asmed, con toda su inocencia, invitó a Juan a que toque algo.

Miguel escuchó y fue a buscar la guitarra y la depositó en manos de Juan.

Turbado la recibió, pero no tenía idea que hacer con ella. Insistieron en pedirle que toque algo.

Juan les dijo que en la próxima visita lo haría. Gringo trataba de justificarlo.

Estela, que sabía como se había armado la reunión, le pidió a su hermano Miguel, que cantara algo.

Miguel no se hizo de rogar, cantaba y Gringo decía poemas y la noche se iba alargando.

Muy tarde, don Asmed insistió en pedirle a Juan que tocara algo. Miguel le volvió a pasar la viola. Juan desbordado, no pudo ocultar su falsedad y expresó:

Mire don Asmed, le tengo que decir la verdad para que sepa. No soy concertista de guitarra, ni Hugo tenor lírico, ni Pirulo violinista, ni Ernesto crítico de arte. Tengo vergüenza y pido disculpas.

Don Asmed, sorprendido no entiende nada. Gringo tomó la palabra.

Mirá Juan si no querés tocar, no toqués, pero no podés esquivarle al bulto, haciendo quedar tan mal a los amigos. La verdad que el avergonzado soy yo, de traer gente, que si no está en el teatro no quiere actuar. Pero no importa, don Asmed, pronto le voy a traer artistas que no se hagan de rogar. Agradezco las atenciones y me voy con estos muchachos que no quisieron brindarse con su arte.

Se paró Gringo y sus compañeros también. Don Asmed, quedó frustrado y sin entender. No sabía que era lo cierto.

La familia Yened, despidió a los jóvenes con mucha cordialidad, a pesar de todo.

Fueron hasta la estanciera en silencio. Juan no sabía si era verdadero el enojo de Gringo.

Estela defendía a Gringo ante su padre y comprendía su enojo. Don Asmed, le restó importancia al incidente.

Cuando el vehículo se puso en movimiento, Gringo le recriminó a Juan su comportamiento.

Se defendió Juan, aduciendo estar presionado. Gringo reiteró que era un juego, había que llevarlo hasta el final, pero, bueno, salió mal, porque no te supiste conducir.

Un poco de silencio y al rato las primeras risitas de la aventura, que no salió del todo bien, pero que, les hicieron comer un rico asadito.

En El Carril, se metieron al Club Nobleza a jugar un sapo, y esperar la madrugada en un clima de alegría, para superar el mal trago.

CHALITA

Hay seres que marcan una época y quedan en la memoria de la gente. Es el caso de un payaso natural, un hombre que había nacido con el genio de hacer reír.

Un gigante de la alegría fue Cristóbal Capó, hijo del carpero Jaime Capó.

Se hacía llamar este payaso, “El doctor Chalita”. Tenía su parque, denominado “Politeama Park”.

Lo instalaba en distintas barriadas de la ciudad de Salta.

Cuando llegaba al sur, de la ciudad, se ubicaba en Buenos Aires y Tucumán, predio muy solicitado; o en la esquina de San Luis y Cata-marca, frente al estadio del Centro Juventud Antoniana.

Tenía juegos de azar, como la lotería familiar; ruletas; juegos de destreza, como embocar con la argolla, voltear los tarros con pelotas de trapo, pinchar globos con una flecha; atractivos juegos mecánicos: la rueda gigante, las sillas voladoras, calesitas.

Pero lo más valorado, el broche de oro, la actuación del “Doctor Chalita”, esperada por la muchedumbre.

La gente de verlo se divertía. Su show popular, hablaba el idioma del pueblo.

Por su parque pasaron importantes figuras del cancionero argentino. Los Cantores del Alba, Ariel Petrocelli, entre otros.

Los changos del ambiente artístico eran amigos de este excepcional cómico.

Gringo, siempre lo visitaba en su parque.

En una ocasión, promocionó la presencia de Los Cantores del

Alba, y en el momento de la actuación, tiró cuatro gallos sobre el escenario.

En otra ocasión presentó a Hugo del Carril, en la persona de un humilde labriego de la localidad de El Carril, que tenía como nombre de pila Hugo, quien apareció en el escenario y el cómico le preguntó: ¿Nombre?, a lo que el hombrecito dijo: Hugo. ¿De dónde sos?, y el pueblerino contestó: de El Carril. Entonces, el dueño del parque, gritó: Con ustedes Hugo del Carril.

Chalita, un personaje de hacerse notar fácilmente, por su chispeante forma de ser, por la alegría, salida de su interior.

Primero recorrió con su parque la ciudad de Salta, luego la provincia, después el país, hasta hacer de su pequeño emprendimiento, una industria nacional.

Los amigos viajeros, comentaban que lo encontraban en Olavarría, Resistencia, en Córdoba.

Recorría el país, llevando el mensaje de su permanente alegría. El fuerte vínculo unió, a Gringo y a Chalita, hasta cuando la muerte lo encontró en la calle Mitre al 1600, en la casa de los Escalante. Hasta ese momento Gringo acompañó a su amigo, quien a pesar de las dolencias, se fue de este mundo con serena alegría.



EDUARDO CEBALLOS

Algunos libros de su autoría:

“Conozca la historia de Salta a través de sus efemérides” (1994).

“Poetas Salteños en el Congreso Nacional” (Libro presentado en el Salón de Pasos Perdidos del Congreso Nacional, con poetas homenajeados y la actuación espontánea del Chaqueño Palavecino en el año 1997).

La novela **“El Inca-Paz”** fue presentada en Buenos Aires en el año 2005, en el emblemático edificio de La Manzana de las Luces, con la presencia de destacados artistas que acompañaron con su canto la presentación del libro. Los artistas que actuaron en aquella ocasión: El Payito Solá, Terucha y la Payita, Melania Pérez, Norma Agüero, Adelina Villanueva, Zamba Quipildor, quien además fue el autor del prólogo. Luego se presentó en la Casa de Salta con el mismo elenco y en Salta, en el Teatro del Huerto.

El monólogo **“Por amor a la vida”**, presentado en el Teatro Ópera con la interpretación del autor. (2007).

El poemario **“Per Saecula Saeculorum – Amen”**, en defensa del planeta tierra (2007).

CD de poemas **“La Palabra”**, con 17 poemas del autor y temas musicales interpretados por Rubén Pérez y Zamba Quipildor.

El CD **“Frutos de la Memoria”**, acompañando al cantor popular Cholonga Navarro, incluyendo sus glosas en todos los temas y recitados con su voz.

“Es Primavera”, libro de poemas, con ilustración de Jorge Cornejo Albrecht. Libro que fue traducido al italiano en este año 2012.

“Cafayate, rumores de su paisaje”, libro referido al camino a Cafayate y a esa bella región de los Valles Calchaquíes.

“Serenata a Cafayate – Una historia musical”, un poco la me-

moria de ese importante festival, donde se nombran a todos los artistas, que pasaron por el escenario Payo Solá, desde 1974 hasta el año 2010.

“Periodismo de Salta – Diarios de las Décadas del 50, 60 y 70”, evocación de lo que aconteció en los medios escritos, radiales y televisivos de Salta, que fuera presentado por el profesor Francisco Fernández, el doctor Ricardo Falú y el destacado periodista Néstor Salvador Quintana.

“Tres salteños a Udine, Italia – Todo un sueño”, crónica del viaje por el viejo mundo, presentado por el profesor Francisco Fernández.

“El Gringo de mil caminos”, novela que rescata paisajes de la Salta del ayer. Presentado por el profesor Francisco Fernández y el Rector de la Universidad Nacional de Salta, CPN Víctor Hugo Claros.

Y diversas plaquetas.

Fue merecedor de numerosos reconocimientos, premios y distinciones. Entre los más importantes el título de “Nobleza Meritocrática y la Distinción **“Estrella Académica Universal en carácter de Patricio de la Humanidad Solidaria”** en la 135ª Honra Pública de Valores Sociales, acreditándose su rango en el Registro Mundial de Valores del Género Humano (en los folios N° 278/279), otorgados ambos por la Organización Mundial de Pueblos y Culturas, la Obra Mundial Pro-Humanidad Solidaria, la Transacademia, y el Instituto Universal de las Naciones.

Sus trabajos literarios son altamente valorados por las más prestigiosas Universidades del mundo. En la página web de la Universidad de Tokio: <http://spanish.ecc.u-tokyo.ac.jp/aries/amorvida>, se publicó su libro **“Por amor a la vida”**, cuyo texto se grabó en Salta, ciudad donde catedráticos de aquella Universidad, filmaron paisajes provincianos. El doctor en Letras, Hiroto Ueda utiliza ese material para enseñar el idioma español a los jóvenes japoneses y el pensamiento de su autor.

A su vez, en el portal literario que habilitaron conjuntamente las Universidades de Texas, Dakota del Norte y la Universidad Argentina J. F. Kennedy: <http://actaliteraria.blogspot.com/2009/07/eduardo-ceballos.html>, se pueden conocer las producciones literarias de este poeta salteño.

En 2009, la Universidad de Udine lo convocó para participar en calidad de ponente en el Congreso Internacional **“La alimentación como patrimonio cultural de la emigración en las Américas”**, organizado por la **“Università degli Studi di Udine (Italia)”** en colaboración con el Centro **“Oltreoceano - CILM (Centro Internazionale Letterature Migranti)”**. Viajó con el músico Rubén Pérez y su hijo, el bailarín Fabio Pérez.

Continúa luchando por los valores que siempre lo identificaron y que fueron la fuente de inspiración de todas sus obras.

ÍNDICE

Dedicatoria	5
Agradecimiento	9
Prólogo	11
Cuentos	
Encuentro diabólico	15
El país de los poetas	23
El carnaval y la viuda negra	33
Víbora lechera en El Galpón	41
Demetrio González y la muerte	45
Chuly Saravia y el gaucho de blanco	49
Duendecitos	53
Los burros endiablados	57
Los primos comerciantes	61
La camioneta en Alvarez	71
El negocio de los chivos	75
Viaje a Mendoza con Nolo	85
Magia en un circo	89
El sueño de los niños jardineros	93
Travesuras pueblerinas	97
Chalita	103
Reseña del autor	105

Se terminó de imprimir
en el mes de mayo de 2012
en los Talleres Gráficos de
Editorial **MILOR**
Mendoza 1221 - Tel./Fax. 0387-4225489
4400 Salta - República Argentina

Este libro adquiéralo en:
Obel Libros
Corrientes 1230 – Tel.: 011-43823190
Capital Federal